

Lisa Block de Behar

**Crónicas de extranjeros:
una escritura entre dos aguas. Impresiones
contemporáneas de Jules Laforgue en Alemania y
Carl Brendel en Uruguay**

Asociadas a la invención de la escritura, las distancias favorecen intercambios epistolares que han multiplicado, en ambas márgenes oceánicas, los vestigios de quienes las transitaron, registrando historias individuales, conocidas o sorprendentes, correspondencias que ilustran sobre inesperadas experiencias, entusiasmos previsibles e iguales decepciones. Parciales, esos intercambios suelen ser precarios, un simulacro de convivencia que apenas disimula tantas añoranzas. Entre la curiosidad y la nostalgia, las anotaciones se conservan en diarios personales que contrarrestan la falta del espacio anterior por un espacio interior o íntimo, inscritas en páginas que *espacializan* la diversidad de aventuras en documentos reveladores de las nuevas situaciones.

Más esporádicos que sistemáticos, desde un continente viejo y occidental a otro-igualmente viejo pero más occidental que es el nuestro, llegaron viajeros que habían soñado con una naturaleza agreste, con extensiones selváticas o desérticas, innúmeras andanzas y promisorias fortunas, descubrimientos de seres autóctonos o exóticos y de poblaciones urbanas o rurales, curiosos por conocer fauna y flora, reunidas, ordenadas y descritas en archivos, libros, y expuestas discontinuamente en edificios (la casa de Alexander von Humboldt, en Berlín, precisamente, habría sido uno de los mejores modelos) que, en algunos casos, devinieron museos.

Por sus travesías, entre filosóficas y cosmológicas, Alexander von Humboldt, por ejemplo, se informaba sobre las características de estas tierras, formulaba o confirmaba hipótesis sobre armonías planetarias, sobre la composición química de la atmósfera, identificaba estratos geológicos mientras Aimé Bonpland coleccionaba pacientemente

ejemplares botánicos, los denominaba y clasificaba en interminadas y fundacionales taxonomías. Sin desconocer, sin embargo, las depredaciones que producía la civilización europea (se refería sobre todo a la española) en las poblaciones indígenas. El testimonio de Humboldt, su indignada compasión, aparece publicado, traducido del francés, en un periódico de Montevideo, *La abeja del Plata*, en mayo de 1837:

[...] eran en aquella época los Españoles, y lo fueron aún mucho después, una de las naciones más civilizadas de la Europa. [...] Habríase pensado que las consecuencias de ese desarrollo del espíritu y de aquellos vuelos sublimes de la imaginación [europea], debiera [n] haber sido una dulcificación general de las costumbres. Pero más allá de los mares, y por todas partes donde la sed de las riquezas acarrea el abuso del poder, los pueblos de Europa, en todas las épocas de la historia, han desplegado el mismo carácter. El hermoso siglo de León X fue señalado en el nuevo mundo con actos de crueldad dignos de los siglos más bárbaros. *Voyage aux Régions équinoxiales*, liv. 3, chap. 6° (Humboldt 1837).

No solo sorprende que, ya en esa temprana fecha, un periódico uruguayo publicara escritos de Humboldt sino, y sorprende mucho más, que sus reflexiones tuvieran igual y total vigencia formuladas un siglo después, suscitadas por la barbarie que los alemanes precipitaron ya no sobre “los desdichados indios” sino sobre sus compatriotas judíos, colegas, amigos, vecinos.

Pero, en esta oportunidad, no podré recordar los intrépidos viajes de investigación de distinguidos científicos desde Europa a nuestros países ni los derroteros que, en sentido inverso, realizaban jóvenes uruguayos, vástagos de familias patricias, en su mayoría, en busca de conocimientos y capacitaciones diversas, ni me detendré en las dolorosas variaciones de la tragedia del siglo XX ni en las fugas de unos pocos judíos alemanes que se refugiaron, a duras penas, en Uruguay a fines de la década del 30, tan pocos que no mitigaron el infortunio de cifras incontables.

Me referiré, en cambio, a dos casos excéntricos, dos individuos que no se inscriben en los esquemas más frecuentes ni de viajeros ni de exiliados, quienes tampoco presentan ninguna conexión entre sí. Doblemente insólitos, tienen algo en común, al menos: no tienen nada en común.

Son tan marcadas y profundas las divergencias entre ellos que, presumiblemente, invalidarían cualquier comparación. Pero ¿bastaría acaso con que un observador intente aproximar dos objetos como para

que, por más disímiles que sean, la mera cercanía –que es *afinidad*– dé lugar a otras *afinidades* que transforman la proximidad en semejanza?

Probablemente la literatura no renegaría de estas aproximaciones de las que dan cuenta las ficciones de “Axolotl” (Cortázar 1958), por ejemplo, que relatan la fábula del extranjero, el anhelo de asimilación de quien, fascinado por las peculiaridades de una larva extraña, se deja atraer por su anfibia identidad hasta una identificación total. También extranjero, en una pecera, el ajolote se expone a la obsesiva observación de un narrador, reflejados ambos en las dualidades del agua y las temblorosas transparencias del vidrio. De la misma manera que la distancia propicia la escritura la deseada proximidad, acarrea la *fijación* –que es observación y estabilidad–, semejanzas de las que el cuento de Julio Cortázar es paradigma. El film de Alain Tanner, *Dans la ville blanche*,¹ que lo recuerda y repite, entrecruza ambas, la distancia –las cartas que la disimulan– y la fijación –imágenes de la filmación, las fotografías–, el registro de un personaje que entre el mar y la tierra, la navegación y la ciudad, la distancia y la inmediatez concilia en conflicto la condición del híbrido.

Como si se tratara de cruzar destinos antagónicos, en los mismos años en los que Jules Laforgue (1860-1887) parte con su familia en 1867 desde Montevideo, donde había nacido, hacia el sudoeste de Francia de donde su familia era originaria, y se instala luego en Berlín (1881-1886), Carl Brendel (1835-1922) nacido en Ansbach, Baviera, llega con la suya a instalarse en estas tierras (1867-1892) procedente del Brasil (Bahía), donde solo pasó una breve temporada.

Si bien las coincidencias fortuitas de la cronología los acercan, el rumbo hacia Europa del primero, y hacia América del segundo, empieza por oponerlos. Aunque sus circunstancias geográficas y afectivas fueron muy diferentes, ambos anotan sistemáticamente sus peripecias diarias. A una correspondencia que los afectos personales, familiares y amistosos entonan en un mismo registro sentimental, Laforgue suma los apuntes que se convertirán en su libro *Berlin, la cour et la ville* (1886), que antes de su tardía y póstuma publicación (1922) ya habían aparecido en *Le Figaro* suscritos con un seudónimo suyo, conmovedoramente significativo: Jean Vien (*/J'en viens/*).

1 Suiza-Portugal, 1983. Bruno Ganz interpreta a Paul, el protagonista que lee y muestra en la pantalla la página del cuento.

Brendel, sorprendido por las inesperadas peripecias de un mundo que empieza a descubrir, adopta el hábito de una escritura profusa, continua, un acopio de notas muy cercanas a los hechos, escritas con rigurosa transparencia, adoptando una escritura más referencial que literaria, desechando los raptos de la imaginación o de la factura poética. Más allá de la curiosidad que transmite respecto a los hechos cotidianos relatados con naturalidad pero que, en gran parte, devinieron históricos, sus *Memorias* no dejan de aludir a importantes protagonistas contemporáneos que, en varios casos y en otras latitudes, son los mismos que llamaron la atención de Laforgue, aunque perfilados desde perspectivas diversas.

No llegaron a tener noticias uno del otro y, sin embargo, sus escritos revelan, cada uno desde su medio y estilo, la sagacidad no exenta de ironía con que observaban su entorno o modulaban sus apreciaciones sobre figuras, épocas y episodios.

En efecto, demasiado diferentes para compararlos: Jules Laforgue, un joven poeta, un poeta mayor y muy fino crítico de arte, autor de una obra tan ocurrente como transgresiva, de notables y prolongadas resonancias, vivió desamparado en París al principio y al final de su corta existencia. En cambio, Carl Brendel, un avezado médico y apreciado hombre de ciencia, con familia y fortuna, recorrió y conoció muy bien el Uruguay, sus gentes y sus costumbres; realizó prácticas profesionales importantes, tratamientos desconocidos en nuestro medio provincial y decimonónico, medicinas que se suministraron por primera vez, formuladas o introducidas por él.

Fernando Mañé Garzón, que considera sus *Memorias* un documento único por las valiosas informaciones que proporciona sobre nuestra historia, la inmigración alemana, el estado de la medicina en nuestro medio, las rescata, las publica y anota en un libro que él tituló *El gringo de confianza* (Mañé Garzón/Ayestarán 1992).

Laforgue, a quien no calificaría como *homme de lettres*, aunque se trata de un escritor, un artista que siente –más que por Francia, más que por Uruguay– la poesía por patria, no sobrevive a una vida de miseria, de enfermedad, de contrastes.

Adverso a la cultura, robusto, longevo y nacionalista, Brendel retorna a su patria donde dispondrá de veinte largos años para elaborar sus memorias a partir de las anotaciones que bosquejaban, a distancia,

los incidentes, los sucesos y las actividades de ultramar. (Al regresar a Uruguay, dos de sus hijas las traen consigo y aquí quedaron).

¿Cómo comparar a individuos de carácter, ocupación e intereses tan desemejantes, con biografías demasiado diversas e itinerarios dispares? Compartieron, sin embargo, una parcial contemporaneidad, pero en países ajenos a los suyos, donde ocuparon ambos sendas y diversas posiciones de privilegio por las que disfrutaron de “la gracia del extranjero”, prerrogativas que no suelen ser concedidas a los nativos.

Previsibles, esas facultades le fueron asignadas a Brendel en Uruguay, un profesional a quien no le pesó radicarse en comarcas agitadas por la crueldad de guerras civiles y bárbaras, en bien llamadas tierras purpúreas, anegadas por los desbordes de traiciones y asesinatos, por dictaduras y epidemias sucesivas e incontrolables, hechos dramáticos de los que el médico dio cuenta.

Encumbrado por privilegios inauditos, Laforgue se deleita entre los placeres que depara la vida en la corte, despreocupado ya de las tribulaciones de la inanición y de todas las penurias que le afligieron hasta incorporarse, en 1881, como “lector de francés” en la corte de la emperatriz Augusta, dedicando sus saberes literarios a la soberana, con prescindencia de los conflictos o enconos políticos o patrióticos, todavía vigentes, en épocas que los multiplicaban. ¿Un poeta franco-uruguayo en la corte prusiana, sirviendo como lector a su Majestad la Emperatriz, luego de la derrota que padeció Francia en la guerra franco-prusiana finalizada una década atrás? ¿Cómo se entiende?

Ambos dejan constancia, por escrito, de sus impresiones personales, pero esos relatos refieren a mundos tan antagónicos que resultaría forzada la comparación entre la cultura agreste, casi primitiva, que procura y deleita a un escritor en un caso y, en otro, los refinamientos de una cultura aristocrática, monárquica, imperial, cuya existencia ni siquiera imaginaba quien llegó a disfrutarla durante unos pocos años.

Brendel las anota someramente pero recién les da forma cuando regresa a Alemania; una parte de dos gruesos volúmenes en alemán, sus escritos, publicados y traducidos al español forman ese libro, muy bueno, que solo publica los materiales relativos al Uruguay y que pude tener entre mis manos gracias a la generosa comprensión del Dr. Mañé Garzón. Muy estimadas, las cartas y crónicas de Laforgue, escritas en su francés que se inclina ante las transparencias de una función que,

sin ser periodística, se atiene a sucesos de cierta actualidad, dejan entrever los vestigios de sus esmeros literarios.

Mañé Garzón indica las fechas, separa los capítulos, da luz a las *Memorias* de Brendel que pintan un fresco abigarrado, una galería donde parecen desfilar los mayores personajes del Uruguay. Presidentes poco competentes y anodinos, ministros de dignidad discutible, generales feroces que ejercen sus violencias dentro y fuera del combate, toda la farándula que la historia trató de embellecer con propósitos patrióticos, así como llaman la atención las clausuras endogámicas propias de una aristocracia provinciana, muy apegada a las genealogías de la tierra. Intercala asimismo estampas de la gente sencilla, servidores bien dispuestos, trabajadores del campo y la ciudad, de diferente empeño y lealtad para quienes guarda recuerdos de atento agradecimiento. Con similar equidad, Brendel elogia las tareas desempeñadas por sus compatriotas o sus destempladas conductas, sus progresos económicos, los suyos propios con una precisión que no sorprende:

A cuántos alemanes he visto fundirse, o vivir pobremente, que sin embargo si hubieran llevado una vida ordenada y con un poco de voluntad hubieran podido ocupar situaciones ventajosas y felices. [...] Mucho más tarde recién reconocí claramente que la causa de sus desgracias fue la bebida, en muchos de esos hombres, y otras cosas, que me tengo que callar (Mañé Garzón/Ayestarán 1992: 90).

No duda en adherir, como muchos extranjeros, a la dictadura del coronel Lorenzo Latorre (1876-1879) pero, contando con que también fueron uruguayos, procedentes de diversos sectores sociales, quienes lo apoyaron o colaboraron con el régimen sin apoyarlo: “Solo a regañadientes el país se sometió a la dictadura del coronel Latorre, pero nosotros, los extranjeros, la queríamos, ya que hacía reinar el orden y la seguridad” (Mañé Garzón/Ayestarán 1992: 186).

Sin fechas puntuales en un diario que administra a su gusto, Laforge advierte sobre las ambivalencias de una comitiva formada por las más destacadas personalidades del Imperio y que observa de cerca. Vive entre ellas, bajo su mismo techo, como si convivieran, pero la proximidad es una cercanía eventual, no disminuye las diferencias sociales de un testigo no implicado, de una distancia interior pero no íntima, de alguien que describe desde adentro pero como si estuviera afuera, en otro mundo, con la desenvoltura de quien, desde lejos, no se compromete y, aunque no tiene nada que ver, ve y dice lo que ve. Es

la suya una situación excepcional pero sabe que no le pertenece; sobrevino como un lance de fortuna sin sed de aventuras ni ambición social; su meta era volver a su vida anterior y cada vez fue mayor el deseo de recuperarla.

Recurrente, la ironía marca la escritura de ambos autores; muy conocidas, las parodias de Laforgue pretenden “la originalidad” (Grojnowski 1988) a cualquier precio pero no se confundirían con el “refinado humorismo” que reconoce Mañé Garzón en Brendel, ni con las ambigüedades de quien intenta o cree vivir dos presentes a la vez.

¿Cómo se explica que Laforgue, un poeta nacido en Montevideo, emigrado a Francia, desfalleciendo de hambre en París, de la noche a la mañana, como en un cuento de hadas, se encuentre disfrutando de una “vida de palacio”, en habitaciones y mesas bien provistas, dedicado su tiempo a leer, escribir, ver exposiciones y, antes que nada, oficiando como lector en la corte prusiana de la emperatriz Augusta? Aún llevando esa vida de príncipe —como Hamlet en un palacio ajeno—, sintiendo nostalgias de otras tierras, realiza anotaciones muy precisas, sobre todo, de las actividades culturales que se llevaban a cabo en Berlín y en otras ciudades alemanas adonde la corte se dirigía e instalaba en grandes palacios: Coblenza, Constanza, Baden-Baden, Babelsberg, Potsdam, Wiesbaden, hasta 1886, cuando Laforgue renuncia a su empleo.

Estoy en una isla [Mainau, julio 1884]; me alimento en la vajilla real de las elucubraciones de dos cocineros franceses, no tengo nada que hacer, recibo mis tres periódicos diarios y paso, *täglich*, cuatro horas en el lago, solo, en canoa [...] (Laforgue 1979a: 94).

Sin embargo, y a pesar de apreciar esas opulencias, dice que extraña París y en cada carta reclama noticias del mundo del que se sentía partícipe, tal como lo muestra *Le déjeuner des Canotiers* (1881), el cuadro de Auguste Renoir, donde aparece Laforgue conversando con Charles Ephrussi, complacido por el esplendor estival y festivo, en ese ambiente de delicada convivialidad, uno de esos idilios que Renoir pintaba con inconfundible frescura. ¿Cómo no lamentar —aún en medio de opulencias áulicas— el alejamiento de esas reuniones donde la belleza era común?

O cuando, al deambular en el puerto de Hamburgo, entre recuerdos y sentimientos vagos, ve flamear en el mástil de un barco la ban-

dera uruguaya y asocia su imagen con los olores de un mar que ni París ni Berlín evocaban.

Una escena similar, en la misma década, aunque con la bandera ondeando sobre el mástil de un alto edificio, suscita los sentimientos patrióticos de Brendel, más orgulloso que nostálgico, quien comenta:

y encima de todo ondeaba la bandera alemana, visible desde la orilla por encima del anchísimo río hasta la costa occidental de la provincia hermana de Santa Fe. [...] viajamos hasta la cercana ciudad de Paraná, más o menos la distancia de Hamburgo-Cuxhaven, a bordo de un vaporcito siempre a lo largo de la costa izquierda de Entre Ríos (Mañé Garzón/Ayestarán 1992: 226).

Su ejercicio profesional le permitió alternar con figuras relevantes de la sociedad uruguaya, así como mantener estrechas relaciones con compatriotas que se habían radicado en distintos parajes de nuestro país.² Sus *Memorias*, publicadas hace apenas quince años, dan cuenta de su participación en las vicisitudes históricas de tiempos casi heroicos, de gestación de la nación y de progresos civiles e institucionales, pero no perdía de vista las decisivas instancias históricas de una Alemania de cuyos acontecimientos no se sentía nada alejado y, sin vacilar, reafirmaba una y otra vez su identidad alemana. Con vehemencia recuerda sus paseos y festejos en Vigo, ciudad donde se detiene su barco al volver a Montevideo, apuntando algunas observaciones convencionales sobre las corrientes emigratorias, sobre el temperamento de los gallegos, sus succulentos platos y vinos pero, de inmediato, a renglón seguido, contrarresta los elogios pasando a rendir exaltado tributo a sus sentimientos patrióticos:

Pero no nos olvidamos de nuestra patria, ya que al día siguiente sería el cumpleaños del viejo emperador Guillermo. Le enviamos un efusivo telegrama de felicitación, y cuando a la mañana siguiente a las ocho se izó la bandera alemana, brindé por el emperador (Mañé Garzón/Ayestarán 1992: 227).

Ni las alternativas de la navegación: “las coloridas medusas y los delfines danzantes”, ni los encantos del variado paisaje: las viñas, los campos, los torrentes de lava, en torno al Tenerife, llegaron a distraer el fervor teutónico ni las libaciones celebratorias: “Naturalmente no

2 Según anota, son 400 los alemanes que en 1868 vivían en Uruguay, una demografía que incluía suizos y austríacos, germano hablantes todos.

dejamos pasar el 1º de abril, el 70º cumpleaños de Bismarck, y el cruce del Ecuador, sin celebrarlo” (Mañé Garzón/Ayestarán 1992: 228).

El Emperador, que vivió hasta 1888, es tema y título de uno de los extensos capítulos del libro de Laforgue; allí encomia en él a un hombre, respetado por los alemanes, tanto por aquellos que se encontraban lejos como por los que se alojaban bajo su mismo techo. Todos apreciaban el rigor de sus hábitos militares, de sus gestos que el desfile y la disciplina habían afianzado al punto de considerarlos parte de su natural continencia. Laforgue observaba los movimientos de palacio desde los espacios que compartía con la Emperatriz Augusta, sin pasar por alto ninguno de sus atributos. No deja de ser curioso que el poeta, el lector profesional, el joven que estuvo a punto de desfallecer de hambre en un mísero cuartucho de París, vea a Guillermo I., Rey de Prusia, Emperador de Alemania con tal natural y mesurada discreción:

[Guillermo] es el personaje menos complicado. ¿Tiene acaso alguna pasión, un gusto que sobresalga, una manía? No. No es ilustrado, ni hacedor de ocurrencias históricas como su predecesor [...] ni devoto, ni librepensador; ni comilón, ni bebedor; ante todo es un militar, pero no un bruto (Laforgue 1979b: 42).

Aprecia la firmeza de sus rasgos patriarcales, su voz fatalista y mística, la sincera sobriedad de quien, al frente del Imperio, no se ha visto afectado ni por los homenajes, ni por glorias ni triunfos, admirado de que su fama y victorias no lo hayan apartado de las moderaciones de la vida burguesa ni le hayan hecho olvidar sus años de pobreza y austeridad (Laforgue 1979b: 43). No parece escandalizarse ante la indiferencia del Emperador, a quien las artes importaban poco, pero no le cuesta reconocer que, si bien jamás llegaba a poner los pies en un museo o en una exposición de arte “[hace] comprar todos los años un surtido de telas mediocres que distribuye enseguida en los corredores y las habitaciones de castillos en los que se habita un mes por año” (Laforgue 1979b: 39).

Sin embargo, por sobre la inevitable perspicacia y sobriedad de sus críticas prevalece el respeto de un joven poeta que estima al soberano con una deferencia similar a la de cualquier ciudadano alemán, patriota fervoroso, médico en nuestra campaña.

De la misma manera que el emperador, Brendel evitaba su asistencia a las tertulias musicales o artísticas que tenían lugar en su casa,

consintiendo –por condescendencia o por simple desapego– las veleidades de su mujer pero hasta cierto punto:

En casa las veladas musicales fueron excesivas, y debido al agrandamiento de nuestro círculo se formó un club musical propio, en cuya comisión organizadora tuve que colaborar también yo. Pero pronto me retiré de eso (Mañé Garzón/Ayestarán 1992: 64).

Una condescendencia que no se distinguía de la tolerancia displicente con que el monarca consentía las aficiones de la Augusta emperatriz, un monarca a quien Brendel no conocía pero admiraba respetuosamente hasta que la desavenencia con Otto von Bismarck separó a los alemanes, incluso a aquellos que, tan alejados de las decisiones de palacio o de los avatares políticos y militares que conmovían la capital del Imperio, se enfrentaban en el extranjero fundando y afiliándose a clubes adversos.

Sin reverencias y sin resentimientos sociales de clase alguna, Laforgue se detiene a describir con naturalidad al emperador, como si se tratara –como se trataba– de un semejante. Hasta diría que lo observaba con simpatía aunque ocurría, asimismo, el desgaste del trato cotidiano, esa proximidad que suele anular las diferencias –no solo de clase–, no obstante una distancia obligada ya que el emperador y la emperatriz vivían tan separados, tanto como pueden vivir separados quienes habitan un mismo palacio:

El emperador nunca fue un hombre ilustrado; tanto la ciencia como las artes le son totalmente ajenas; ni siquiera se interesa en la literatura alemana. Solo leyó una novela francesa, el *Judío errante* de Eugène Sue (Laforgue 1979b: 44).

No sorprende que el judío y su errante fatalidad atrajeran el interés imperial aunque –y a pesar del título– sea insignificante la atención que se le dispensa al judío y su trágico destino en ese libro.

¿Qué atraería, entonces, la atención del Emperador como para preferir, de forma excluyente, una enorme novela de gran popularidad en París, de alusiones míticas e históricas bastante confusas?

Mientras que la Emperatriz (a cuyos ímpetus ancestrales hacía referencia el Emperador), descendiente de Catalina la Grande de Rusia, educada en Weimar, no disimulaba sus animadas inquietudes culturales: vivía admirando la ilustración conversada en los salones franceses, los aciertos del idioma francés a los que los poetas daban musical relieve y, auspiciaba, durante el invierno, *les jeudis musicaux* que,

como otras recepciones, se realizaban en el propio palacio donde habitaban sus majestades.

Augusta impone el francés, una lengua que hablaba correctamente y sin acento, en todas las ocasiones. Los diarios que lee son solo en esa lengua (*Le Figaro*, *Le Temps*, *Les Débats*), sus autores también (Goncourt, Zola, Daudet) y, como una verdadera francesa del siglo pasado —dice Laforgue— solo se interesa en la pintura anecdótica. Si bien la devoción desmedida por esa cultura en particular podría complacer al lector de francés que era Laforgue, él objeta las discriminaciones de esa hegemonía lingüística que, impopular, la indisponen con sus súbditos:

La emperatriz es impopular en Berlín. No tanto por sus simpatías francesas, que son mal conocidas y constituyen, además, un capítulo en el que el alemán es menos susceptible de lo que nosotros lo seríamos, [...] (Laforgue 1979b: 69).

Tan diferentes los dos cronistas, sus orígenes, sus intereses, las circunstancias vitales y, sin embargo, a pesar de las anotaciones claramente diversas, la extrema lejanía en un caso y la extrema proximidad en el otro no cuentan, sus impresiones se confunden en un mismo régimen comparativo. En la memoria de quien los compara, se superponen los comentarios de Laforgue con los de Brendel, como si al describir las mismas figuras, pero desde perspectivas tan distintas, se suspendieran las divergencias para pasar a formar una unidad que los comprende.

Gringos de confianza ambos, dedicado a los preciosismos de la literatura y del arte uno, atento a los criterios de París, juzga los acontecimientos de Berlín, de la corte y la ciudad desde los fueros de su aventajada perspectiva. Otro, un médico que —entre tantas responsabilidades profesionales— no duda en operar al Ministro de Guerra, Gregorio Suárez, de extremada crueldad y oprobiosa fama, arriesgando tanto la vida de su impaciente paciente como la suya propia. Gracias a la feliz culminación de esa crítica situación quirúrgica, el feroz militar dio a Brendel el título con que lo distingue: “El gringo de confianza”, que dio título, a su vez, al libro en que recuerda a quien por su fealdad y, tal vez, por disimulada homonimia con quien no sintió escrúpulos en degollar centenares, llamaban “el Goyo Jeta” (Mañé Garzón/Ayestarán 1992, XIV, XV: 30-31).

Son notables, desde todo punto de vista, la descripción de la epidemia de cólera (Mañé Garzón/Ayestarán 1992, XIII: 9-12), el embalsamamiento del cadáver del General Flores (Mañé Garzón/Ayestarán 1992: 13), presidente del Uruguay durante dos períodos (1853-1855, 1865-1868), asesinado en circunstancias poco claras, o el procedimiento de veneración –o de preservación– del que solo se tiene noticias por el relato de Brendel.

Ambos destacan la estampa de Bismarck que Laforgue resuelve con el mismo efecto de distanciamiento, a pesar de la frecuente proximidad. Por su parte, la estupenda entrevista que relata Brendel con el mismo personaje, en su condición de representante de los alemanes del Río de la Plata, las noticias que publica en *La Plata* o en el *Deutsche La Plata* (periódico de rotunda adhesión nazi, desde principios de los años 30, ya muerto Brendel) lo presentan, a partir de su excepcional trato cercano, como emblema de la férrea identidad prusiana.

De la misma manera que numerosas tesis de estudios comparados hacen referencia a un objeto común, un tópico, un paisaje, el viaje, para examinar las peculiaridades que presentan en cada obra que los relata y recrea, también en esta oportunidad me permití tomar algunas referencias comunes para atender las diferencias y coincidencias que presentaban las semblanzas literarias y testimoniales de dos semejantes tan diferentes pero que la escritura reúne.

Pienso en las metáforas del desplazamiento y en los estudios que, seguramente, se habrán dedicado a examinar las constantes que vinculan los viajes con las distancias y de ambos con la escritura. Se trata de un destino común, una ruta o rumbo que, como la palabra bien lo dice, es libro y camino, escritura y *derrotero*, que, en curiosa dilogía, concilia en una palabra distintos sentidos que el mar y sus travesías no distinguen.

Bibliografía

- Cortázar, Julio (1958): "Axolotl". *Final de juego*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Grojnowski, Daniel (1988): *Jules Laforgue et "l'originalité"*. Neuchatel: Éd. de la Baconnière.
- Humboldt, Alexander von (1837): "Del influjo del espíritu y régimen monásticos en el carácter y en la condición social de las tribus indígenas de las ex colonias españolas". En: *La Abeja del Plata*, 1, mayo (<www.periodicas.edu.uy.>).
- Laforgue, Jules (1979a): *Œuvres complètes*. Vol. V: *Lettres (1883-1887)*. Genf: Slatkine.
- (1979b): *Œuvres complètes*. Vol. VI. En: *Allemagne: Berlin, la cour et la ville. Une vengeance à Berlin. Agenda*. Genf: Slatkine.
- Mañé Garzón, Fernando/Ayestarán, A. (1992): *El gringo de confianza. Memorias de un médico alemán en Montevideo entre el fin de la Guerra del Paraguay y el Civilismo 1867-1892. Su actuación obstétrica y quirúrgica por Ricardo Pou Ferrari*. Montevideo: Edición financiada por el Laboratorio Roemmers.

